



INSTITUTO DE ESTUDIOS ESTRATÉGICOS DE BUENOS AIRES

LA EPIDEMIA DE FIEBRE AMARILLA DE 1871 EN BUENOS AIRES

“Juro por Apolo médico, por Asclepio, Higiea y Panacea...”¹

Grl. Div. (R) Evergisto de Vergara

Marzo de 2004

Dedicado a los médicos que cumpliendo su juramento hipocrático, decidieron permanecer en Buenos Aires para cumplir con su deber durante la epidemia de fiebre amarilla de 1871. Muchos de ellos murieron en la lucha.

(Escrito por encargo de Adrem Corporación Industrial S. A. Empresa argentina de preservación del medio ambiente en aguas y efluentes).

Una de las causas de la “anemia patriótica” que padece hoy la Argentina, se debe al denominado *pacifismo irreverente*² y su principal instrumento es el llamado *revisiónismo histórico* que en muchos casos dista de ser una maniobra inocente, sino que tiene profundas motivaciones tendenciosas que persiguen cambiar los valores sobre los que se edifica nuestra sociedad. Hay varias corrientes *reformistas históricas* –ese me parece el nombre más adecuado- y por diversos motivos ideológicos:

- Una es la *humanizadora*, aquella que bajo la excusa de mostrar a los próceres como personas comunes y corrientes se dedica a demostrar como tenían más defectos que virtudes, es decir y en criollo, que no eran tan buenos ni santos como se los pinta.
- La otra es la que yo llamo *alienista*, es la que se dedica a demostrar que el Sargento Cabral no existió, o que la madre del General San Martín no era su madre, sino que era en realidad otra, así que nuestra raíz es mentirosa y bastarda. Es decir, que no somos lo que pensamos que somos, sino que somos otros.
- Cabría una tercera, la *antiépica*, que consiste en borrar cualquier vestigio de este tipo en nuestro origen y, en virtud de lo cual los próceres en realidad eran militares por casualidad y su real afición era la música, la pintura o las letras. Es así que se

refieren al General San Martín sólo por su apellido, al igual que al General Belgrano, el General Mitre, al General Urquiza, el General Roca y a otros³, o ignorar los sacrificios de civiles, tales como los médicos que combatieron a la fiebre amarilla en Buenos Aires. En síntesis, fomentar aversión a lo heroico en la juventud, puesto que la viveza criolla nos impone “*buenos tragos, buenas hembras y una muerte regular*”.

- Finalmente hay una *clasista*, teoría por la cual toda nuestra historia en realidad es una opresión de indios, negros, inmigrantes y esclavos, por parte de la *oligarquía vacuna*, como graciosamente se la describe y *de los imperialismos*⁴, aunque en realidad denostan al imperialismo español, al inglés, o al estadounidense, según las épocas, pero alabaron en su momento al imperialismo soviético.

Dentro de las corrientes revisionista-reformista “*antiépica y clasista*”, que algunos pretenden dar a la historia argentina, se inserta el tratamiento que algunos autores dan a la epidemia de fiebre amarilla que azotó Buenos Aires en 1871, durante la presidencia del General Sarmiento. Consecuentemente se la refiere como un enfrentamiento entre los porteños xenófobos y los inmigrantes, que eran furiosamente perseguidos, sus inquilinatos y pertenencias quemadas y demás iniquidades, con la única finalidad que regresasen a sus países de origen. Y los médicos que decidieron permanecer, para cumplir con su deber y murieron, eran en realidad tontos, que debieron haberse refugiado en la zona de quintas, en las afueras de Buenos Aires.

Esto no fue así. La realidad fue que esta epidemia puso a prueba la solidaridad y fortaleza de la nueva nacionalidad emergente, que ya la había probado en la unión de Buenos Aires con la Confederación, en 1862, luego en la Guerra contra el Mariscal Francisco Solano López y que ahora sería puesta a prueba por una enfermedad: la fiebre amarilla.

Poco tiempo después, la Argentina tendría el liderazgo del General Julio Argentino Roca, estadista que haría que al fin del siglo la Argentina fuese una potencia de nivel mundial.

Lo que la medicina conocía sobre la fiebre amarilla en 1871

La fiebre amarilla no era desconocida en esa época. Veamos lo que se sabía de ella, en ese entonces.

Existía una clasificación general de *fiebres*, a las que se dividía en *intermitentes* o *continuas*. La palabra fiebre o calentura, expresaba la aceleración de los latidos del pulso y un aumento de la temperatura natural del cuerpo, provocado simpáticamente por la irritación de algún órgano. La fiebre podía terminar en forma *favorable* o *desfavorable*.

Los médicos de aquel entonces observaban lo que inicialmente era un estado de ansiedad y de disminución de fuerzas, con dolores de cabeza y de los miembros, pérdida de apetito, náuseas o vómitos, sed, lengua cargada, piel ardiente, cara encendida, pulso acelerado e insomnio y agitación. El cuadro podía revertirse, en cuyo caso todo terminaba en forma *favorable*. Pero si el pulso se aceleraba cada vez más y a medida que incrementaba su ritmo perdía en fuerza, el sueño era agitado y se interrumpía con frecuencia, las facultades

mentales se perdían o pervertían, aparecían las convulsiones y los vómitos, o bien las excreciones involuntarias, la retención de orina, o las deyecciones *alvinas*, a todo esto sucedería una disminución del calor, el pulso se volvería rápido y muy débil y, finalmente el paciente perecería.

Por esa época, los médicos carecían del nuevo invento de León Bloch, de Ginebra, llamado *termómetro*, usado para conocer el grado de fiebre del enfermo. Este instrumento se difundió a fines del S XIX.

Los libros definían varios tipos de fiebre según sus causas:

- la fiebre *adinámica*, que asimilaban a la fiebre tifoidea,
- la fiebre *álgida*, una de las fiebres intermitentes perniciosas, donde el paciente experimentaba un frío glacial y continuo,
- la fiebre *amarilla*,
- la fiebre *atáxica*, forma grave de las fiebres tifoideas,
- la fiebre *biliosa*,
- la fiebre *catarral*, sinónimo de bronquitis aguda,
- la fiebre *cerebral*, o meningitis,
- la fiebre *continua*,
- la fiebre *efímera*,
- la fiebre *escarlatina*,
- la fiebre *gástrica*,
- la fiebre *inflamatoria*,
- la fiebre *intermitente*,
- la fiebre *intermitente perniciosa*,
- la fiebre *láctea*,
- la fiebre *lenta, colicuativa o hética*,
- la fiebre *maligna*,
- la fiebre *miliar*,
- las fiebres *mucosa, nerviosa o perniciosa*, sinónimos de fiebre tifoidea,
- la fiebre *puerperal*, sinónimo de peritonitis,
- la fiebre *pútrida*,
- la fiebre *remitente o palúdica*,
- la fiebre *tifoidea* y
- la fiebre *urticada*.

En el S XIX los médicos habían observado que la fiebre amarilla era común a ciertos países cálidos y se caracterizaba por el color amarillo de la piel y los vómitos de sangre, por lo que también se la llamaba “*vómito negro*”. También habían observado que casi siempre aparecía sobre el litoral y no pasaba al interior del país, ni se hacía sentir en los puntos elevados, inmediatos al mar. Le atribuían ser causada por el calor, pero les llamaba la atención que no se manifestase en las Indias Orientales, la Arabia y la costa oriental del África. Tampoco podían atribuirle a las zonas pantanosas, pero eso no ocurría siempre. Suponían que la proximidad del mar influía poderosamente, porque la fiebre

amarilla se desarrollaba en todas las ciudades marítimas o fluviales, pero desconocían la causa de la formación de esta enfermedad.

Otra cuestión que se preguntaban era si la fiebre amarilla era o no contagiosa. Concluían que no lo era, porque las epidemias en las ciudades no se propagaban al interior del país, pese al desplazamiento de la gente y aunque las comunicaciones no estuviesen interrumpidas. Pensaban que la enfermedad era producida por causas *miasmáticas*⁵ generales.

Cuando los médicos porteños entraban a las casas o inquilinatos con pacientes afectados de fiebre amarilla, se encontraban con el siguiente cuadro, al que dividían en dos períodos: *En el primer período*, un paciente sano sufría repentinos dolores de cabeza con escalofríos y decaimiento general, como un malestar que en aquella época denominaban *resfriado*. A los escalofríos seguían el calor y el sudor, la lengua se ponía blanca, había carencia de sueño. El pulso se volvía fuerte y frecuente y sobrevenían dolores en el estómago o los riñones, muslos, piernas, brazos y sobre de los ojos. La sed solía no ser grande, pero a veces era intensa. La debilidad del paciente era extraordinaria y la agitación de los miembros tan fuerte, que los enfermos no podían permanecer en la cama tranquilos, sino que cambiaban permanentemente de postura. A veces, existían vómitos biliosos, de color amarillo. En otros casos, solamente náuseas. Llegado a este punto, la enfermedad podía ser vencida naturalmente por el cuerpo y terminaba así su primer período. En tal caso, sobrevenía un sudor muy copioso, el pulso volvía a su estado normal y el paciente se hallaba mejor al día siguiente, no quejándose de otra cosa que de dolores de cabeza y de debilidad en el cuerpo, síntomas que desaparecían al poco tiempo.

Otra cosa era si los síntomas y signos se agravaban, en cuyo caso se decía que la enfermedad entraba en *su segundo período*.

Los médicos de 1871 identificaban al segundo período cuando la piel del paciente tomaba color amarillo, los vómitos se volvían sanguinolentos, denegridos y, finalmente negros, semejantes al chocolate y depositando polvos negros, parecidos a las heces del café. Las deyecciones *alvinas*⁶ también se hacían negras, el enfermo experimentaba una opresión grande en el pecho y dolores en la boca del estómago. La orina disminuía en cantidad y después se suprimía completamente. Había hemorragias por encías, lengua, nariz y ano. No había sed, a veces aparecía hipo, el pulso se debilitaba y era poco frecuente. Finalmente delirio y la muerte.

El tratamiento de los pacientes en aquella época. Medidas higiénicas y preventivas.

Lo primero que el médico hacía cuando se declaraba la enfermedad (primer período), era provocar la transpiración. Recurría para ello a un sudorífico: baños de pies con harina de mostaza, ingestión de dos o tres tazas de infusión de saúco o de borraja⁷ y el paciente debería ser envuelto en cobertores o mantas de lana. Después de sudar durante tres o cuatro horas, se proporcionaba al enfermo 30 gramos (1 onza) de aceite de ricino u 8 gramos (2 dracmas) de magnesia calcinada. También se provocaban los vómitos, dando al paciente una taza de agua tibia con 5 a 10 centigramos (1 a 2 granos) de tártaro emético. Pero en aquellas personas en las cuales la enfermedad se manifestaba con vómitos, preferían administrar un purgante. Para apagar la sed, se daba agua fresca sola o con limón.

Para calmar los dolores de cabeza, se aplicaban paños en la frente con agua fría, mezclada con vinagre.

Si la enfermedad se encontraba en el que denominaban segundo período, se administraba 1 gramo (20 granos) de sulfato de quinina, que se dividía en 10 papeles. Se administraba un papel cada 2 horas, *en hostia* o con un poco de té o café. Acabada la dosis de sulfato de quinina, se administraba a cucharadas, hora por hora, la siguiente poción: 120 gramos (4 onzas) de agua destilada de menta, 30 gotas de éter sulfúrico y 30 gramos (1 onza) de jarabe de quina. Dos veces por día debía realizarse una lavativa (enema) con 8 gramos (2 dracmas) de corteza de quina roja, disuelta en 360 gramos (12 onzas) de agua. Se aplicaban sinapismos⁸ en los riñones, muslos y piernas y se fricciónaba el cuerpo con vinagre aromático. Se sostenían las fuerzas del enfermo con caldos de puchero, tomados en pequeñas porciones, un poco de vino y a chupar unos gajos de naranja.

Esta se consideraba la terapia más apropiada, aunque también se usaba *alcanfor*, *valeriana*, *cato*, *calomelanos* y *almizcle*. Se desechaban las sangrías. Pero ya en esa época se advertía la importancia de la desinfección con el gas cloro, al que se consideraba un gran preventivo. Las personas que habitaban los lugares en los que reinaba la epidemia debían lavarse las manos con una solución de cloruro de cal en agua, o agua de Labarraque⁹ y también esparcir este líquido en los cuartos. Se recomendaba aplicar las mismas medidas preventivas que para con el *cólera morbo*.

También se había observado que la fiebre amarilla estaba poco sujeta a la recaída. Casi siempre el primer ataque, aunque fuese ligero, resguardaba a quien hubiera sido afectado por primera vez. Los médicos de aquella época recomendaban las siguientes medidas preventivas, además de las terapéuticas mencionadas arriba: para destruir los *miasmas*, se ponían en los cuartos platos con disolución de cloruro de cal, o se esparcía por el suelo agua que contuviera ácido fénico en disolución. Los recipientes destinados a recibir las evacuaciones del enfermo debían contener por anticipado un líquido desinfectante, compuesto por un litro de agua y 30 gramos de sulfato de hierro. Se recomendaba [se mantiene la terminología de la época] mantener gran aseo en las calles y en la casa; ventilar las habitaciones; preparar cuidadosamente los recipientes para recibir las deyecciones de los enfermos, con el líquido desinfectante mencionado arriba; echar en las letrinas la misma solución; alejarse de los lugares húmedos y bajos; evitar las mudanzas repentinas de las temperaturas; cubrirse con vestidos propios de la estación; tomar alimentos de buena naturaleza (*sic*), en cantidad conveniente y no excesiva; conservar las costumbres buenas y abandonar las malas; hacer un ejercicio corporal en relación a la edad y sexo; evitar los excesos de toda especie y tener una vida arreglada (*sic*); no dejarse dominar por los pesares y tristezas; sustraerse a las emociones morales vehementes; vencer, en fin, el miedo que inspira la epidemia.

Los medios preservativos que se empleaban eran el *saneamiento de los lienzos, paños, colchones, de la ropa y otros objetos*, sumergiendo los objetos mencionados por el lapso de una hora en una solución de un litro de Agua de Labarraque, en 9 litros de agua, o bien quemar todo lo que había estado en contacto con el paciente; la *desinfección de orinales (las escupideras o bacinillas)* previo vaciarlos y sumergirlos en una solución de 9 litros de agua y 500 gramos de cal; *desinfección de las letrinas comunes*, echando por la

mañana y la noche un balde de una solución compuesta por 500 gramos de sulfato de hierro, 10 litros de agua y 1 litro de agua fénica y el *saneamiento de los cuartos de los pacientes*, fumigando con una solución de 1 litro de alcohol, 50 gramos de ácido fénico y 10 litros de agua.

Parroquia del Socorro – 21 de Febrero / 6 de Mayo de 1871

Estas eran las cosas que se conocían y cómo se trataba la terrible enfermedad cuando ocurrió la epidemia de fiebre amarilla de 1871, en Buenos Aires.

La mayor parte de los muertos tuvo lugar en los barrios del Sud. Escapando de la epidemia, muchos pobladores huyeron a la *zona de quintas*, hoy el barrio de Flores.

Tengo en mis manos la “Memoria presentada a la Municipalidad” por la “*Comisión de Salubridad de la Parroquia del Socorro 1871-1872*”, confeccionada por el vecino Samuel Alberú e impresa en la Imprenta del Mercurio, calle Potosí, número 291. Tiene 89 páginas. Fue confeccionada de acuerdo a la orden del entonces Presidente de la “Comisión de Salubridad de la Parroquia del Socorro”, Don José Floro Álvarez. Nada más explicativo que transcribir la nota de elevación del trabajo. Se han respetado la redacción y los signos de puntuación del original.

“Buenos Aires, Mayo 31 de 1872.-

Sr. Presidente de la Comisión de Salubridad de la Parroquia del Socorro.

– He terminado, Sr. Presidente, el trabajo que la Comisión del Socorro tubo á bien encomendarme. Propiamente dicho, son dos Memorias las que he confeccionado. La primera empieza desde el 7 de Febrero de 1871, día en que se instaló la Comisión de Higiene, creada por una ordenanza Municipal. En la Introducción, me ocupo de las primeras disposiciones que se tomaron para combatir la epidemia que diezaba ya a los barrios del sur. Anuncio los primeros casos y las defunciones que se produjeron; digo lo que la Comisión hizo; hablo de su marcha, de sus episodios; estudio y analizo los progresos del mal, y sigo discurriendo en este sentido. En la Introducción hay datos curiosísimos y llenos de interés, sobre los cuales me permito llamar la atención del Sr. Presidente, por lo mismo que todos ellos tienen su verdad histórica. En seguida, doy las Tablas de la mortalidad. En estas páginas tenebrosas se halla desde el nombre del primero que falleció, hasta el último que cerró en el Socorro la bárbara epidemia de 1871”.

“Hago constar la nacionalidad, después su nombre y apellido, calle y número de los que sucumbieron entonces. En seguida observo cuantos hombres y mujeres fallecieron. Luego veo cuantos argentinos, cuantos italianos, cuantos franceses, cuantos ingleses, alemanes, portugueses, brasileros, españoles, orientales, etc., etc., forman las tablas mortuorias. Y para concluir esto, voy más lejos. Veo cuantas personas han fallecido en cada calle de la Parroquia; y más aún, en cada cuadra. Hago en seguida la suma total de los muertos y resulta conformidad en los guarismos”.

“Continúo con la entrada e inversión de los fondos. Recorriendo el gran archivo de aquella época, subdivido: en una parte, hago constar partida por partida, las cantidades y donaciones que entraron a Tesorería. En otra, las sumas invertidas. En la epidemia se han gastado 161,670 ps. m/c. Pues bien, con pequeñas diferencias la Comisión recibió igual cantidad. Aquel, cuyo espíritu observador quiera cerciorarse cómo se gastó entonces el

dinero, no tiene más que abrir la Memoria, y encontrará, documento por documento, nombre por nombre, número por número, cantidad por cantidad y objeto por objeto en qué se gastó el tesoro que llegó hasta las manos de aquella honradísima Comisión”.

“Es cierto que he pasado largas horas – como es fácil comprenderlo – confrontando hechos, fechas, sumas, documentos, firmas, etc., etc., - pero no es menos cierto que una Memoria que no hiciera constar esto, sería deficiente, mirada bajo el punto de vista de la propia satisfacción. Los que en esta Parroquia sirvieron durante la epidemia de padres de los desamparados, no podrán menos que sentirse satisfechos al ver que nadie podrá abrigar, ni la más remota sospecha siquiera, de despilfarro en el dinero que recibieron. Para eso está en esta Memoria, todo lo relativo a Tesorería, hablando claro y terminantemente”.

[.....]

“Viene ahora la 2.^a parte, es decir, la memoria num. 2. [....] El que recorra las páginas de la Memoria N° 2, comprenderá cuánto ha hecho la Comisión actual. En un extenso informe que sirve de introito, y que he redactado con los datos que poseo, doy cuenta del estado inmejorable en que se halla la Parroquia. Empiezo por hacer una reseña de la infinita cantidad de resoluciones que en bien de la higiene pública se han adoptado casi diariamente. En esta segunda Memoria se encontrará una nueva sección con el título de: Tabla cronológica de los trabajos realizados. En esta sección me ocupo de las veredas, dando cuenta el número de las que están ya hechas, continúo con el blanqueo, desinfección de letrinas, empedrado, entrada de vehículos, barrido público, Conventillos – dando cuenta del número que existen en cada calle de la Parroquia, Casas de Inquilinato, dando también una relación de las que hay en cada calle; Tablillas avisadoras, Albañales, Escalones en las veredas, Demolición y reconstrucción de paredes, Puente giratorio, Plazas Públicas, Luz en ciertas calles apartadas; casas de negocio, en los Domingos y días de fiesta, Cementerio Viejo y otros puntos importantes. [...] Doy una lista de las personas multadas, con especificación de nombres, su infracción y fechas; y cierro esas páginas del libro con diversos documentos anexos”.

“Dios guarde al Señor Presidente. Samuel Alberú.”

Pero lo que realmente es una pieza invaluable en cuanto a una descripción de la tragedia y del esfuerzo desarrollado por los vecinos para superarla, es la *“Introducción a la Primera Parte”* de la Memoria, que transcribimos. En beneficio de acortar la extensión de esta investigación, obviaremos lo que consideramos poco relevante.

“Difícilmente pueda haber existido en Buenos Aires, una Parroquia que se hallase en peores condiciones higiénicas que la del Socorro. Cuando la fiebre amarilla empezaba á flagelar los barrios del Sud, nació la idea de constituir las Comisiones Parroquiales. La iniciativa de la Municipalidad, por un lado, y por otro, la noble actitud de algunos de los habitantes de esta ciudad, que se preparaban ya, a combatir con tranquila serenidad al enemigo común, hicieron que el pensamiento tomase forma. Así pues, el 9 de Febrero de 1871, tuvo lugar en la casa del Sr. D. Anatolio Viejo-Bueno, una reunión de vecinos de

esta Parroquia, con el fin de nombrar las personas que debían formar parte de la “Comisión de Higiene del Socorro”.

“Mas de cien personas, asistieron a la reunión. El objeto se conocía ya, así fue, que una vez propuestos los candidatos, la comisión quedó organizada de este modo: Presidente – D. Anatolio Viejo-Bueno, Secretario Dr. D. Luis Lagos García, Tesorero D. Carlos María Rojas, Vocales D. Juan Sagasta, D. Pantaleón Gómez, D. Mauricio Herrera, D. Mariano Amézaga, y Dr. D. Adolfo Argerich. Quedó la oficina instalada en la casa del Sr. Sagasta calle Las Artes N° 412. [.....] El 10 de Febrero también se dirigió á la Comisión los Doctores Peralta, Eguía, Fernández y Ballester, suplicándoles le diesen cuenta de los casos de fiebre amarilla que asistieran en la Parroquia”.

“Pidiéronse fondos a la Municipalidad, para atender a los primeros gastos, y se avisó por los periódicos, el nombramiento de la Comisión. Se solicitó así mismo de la Corporación municipal, los carros necesarios para levantar la tierra que produjera el barrido que iba a hacerse en las calles de la Parroquia, y limpieza en los terrenos sin cercado. Desde el primer momento se comprendió que la tarea era difícil y que los inconvenientes con que se tropezaría eran tan grandes como difíciles. No obstante, el espíritu no desfalleció, retemplándose, por el contrario, al solo pensamiento de que el bien que se hiciera sería en pro de la comunidad. Así, las primeras disposiciones de la Comisión fueron tendientes al mejoramiento higiénico de la Sección. El 11 del mismo Febrero, procedióse a nombrar Inspectores para las 38 manzanas de la Parroquia, nombramientos que figuran en el Anexo C”.

“Empezaron las visitas domiciliarias, haciéndose de la manera siguiente: cada dos miembros recorrían una calle, examinando con minuciosa detención el interior de las casas a que penetraban. En esta tarea, la Comisión tuvo que luchar con pocos inconvenientes, pues no faltaron inquilinos o propietarios que, valiéndose de pretestos, destituidos completamente de toda razón, se opusieran al trabajo que acababa de iniciarse. No escapará á la penetración de los honorables miembros que componen la Municipalidad, la influencia que tiene sobre el espíritu de la gente ignorante la presencia del hombre que llega hasta su hogar, sin otro objeto que imponerle la limpieza y el aseo, por ejemplo. No calculan que todo el bien que se haga es en bien de ellos mismos. No se explican ni se esplicarán jamás, hayan personas desinteresadas, que aún a costa de la propia individualidad se molesten y saliendo de su casa, abandonen las comodidades, para ir á inmiscuirse en lo que no deben. Lejos de tomar esto por un favor, por un bien, por una demostración de amor á la humanidad, se levantan y reciben a los que van a incomodarlos, con desdén, con ira, y muchas veces con terror”.

“De aquí que la Comisión, imperturbable en la senda que se había trasado, se mostrase, no intemperante, pero sí enérgica y decidida. La historia de las visitas domiciliarias, está grabada con caracteres imborrables en nuestra memoria. Nunca la imaginación podrá formarse una idea exacta del estado en que se encontraban ciertos establecimientos y parajes radicados en la Parroquia. Hubo ocasión que al penetrar a un conventillo, por ejemplo, tuvimos que retroceder, tal era el aire metífico que se respiraba. Fenómeno singular el que con este motivo mas de una vez presenciemos! Y llamamos fenómeno, por que no encontramos otro término para calificar la existencia soportada por

individuos que, viviendo, no solo en un hacinamiento incomparable, estaban sujetos a las emanaciones pútridas de materias descompuestas, de montones de basura, de estiércol en fermentación y no sabemos cuántos otros agentes poderosos y fatales que tan directamente dañan a la salud pública”.

“La Comisión comprendió desde luego, el deber en que estaba de obligar el desalojo de algunos conventillos. De otra manera, no hubiese conseguido absolutamente nada. No había, pues, término medio.”

“Luego de resaltar la dificultad para obtener los recursos pecuniarios para hacer frente a la empresa, el informe agrega: “Sin embargo, la tarea había empezado ya, y no otra cosa sino cobardía se habría llamado nuestro desfallecimiento. Seguimos, pues, adelante. La Comisión había facultado a sus inspectores, para que sin miramiento alguno, multase a los inquilinos o propietarios que no cumplieran con los preceptos de la higiene. Así se hicieron algunos fondos, mejorándose en cuanto fue posible, las condiciones de salubridad.”

A partir de aquí se relatan los casos de fiebre amarilla ocurridos en la Parroquia. El relato no deja de ser estremecedor, en algunos párrafos.

“El primer caso de fiebre amarilla que se produjo en la “Parroquia del Socorro” fue a los 12 días de estar instalada la Comisión, es decir el 21 de Febrero de 1871 – (Apéndice, nota núm.2). El individuo Augusto Marú, francés de nacionalidad, que vivía en la calle de las Artes número 370, fue la víctima. Marú no tenía familia en el país. Cayó enfermo y a pesar de la asistencia médica, que le dispensaron varios facultativos, sucumbió ante la horrible enfermedad que afligía ya a Buenos Aires. Después que su cadáver fue enterrado, el Sr. Comisario de la sección, D. Juan Antonio Seguí, procedió a tomar, en presencia del Sr. Cónsul, un inventario de las existencias que dejaba. Hecho esto, la Comisión ordenó fueran quemados los colchones y ropas que sirvieron al fallecido. Así se hizo, fumigándose en seguida todas las habitaciones de la casa”.

“D. Angel Antenori, que vivía en la casa de inquilinato, calle Paraguay número 215, fue el segundo atacado que hubo. El 22 del mismo mes por la mañana se enfermaba, a las 8 de la noche dejaba de existir. En esta casa hizo la Comisión lo mismo que en la primera – quemó las ropas y fumigó los cuartos. La epidemia empezaba a desarrollarse. Simultáneamente habían aparecido nuevos casos”.

“El Dr. D. Adolfo Argerich, que algunos meses después caía sin vida, en medio de los horrores de la batalla, había hecho sus ofrecimientos a la Comisión. Esta los aceptaba, y al intentar remunerar al hidalgo facultativo, recibía esta contestación: - Señores, yo haré todo lo que pueda en obsequio a los enfermos de la Parroquia, pero a condición de que Vds. no han de darme ninguna clase de emolumentos. La Comisión necesitaba de un médico, cuyos auxilios profesionales estuviera a disposición de los que caían enfermos, no solamente de día, sino también durante la noche, y nadie mejor que el Dr. Argerich podía hacerlo; su ofrecimiento fue aceptado, y desde el primer día que la epidemia se hizo sentir en la Parroquia, dio principio a su tarea. El Dr. Argerich, en cuyo pecho germinaban generosas pasiones, no descansó un solo instante. Donde quiera que su presencia era

reclamada, el Dr. Argerich llevaba el contingente de la ciencia que profesaba. La Comisión recordará siempre con respeto los eficaces servicios que prestó el honorable médico, cuya muerte fue tan hondamente sentida”.

“A las 24 horas de haber fallecido los individuos Marú y Antenori, la Comisión, practicando las visitas domiciliarias, tarea que hacía diariamente, encontró en la manzana comprendida en las calles Artes (N del R: actual Carlos Pellegrini), Paraguay, Cerrito y Charcas, varios casos nuevos. Los Doctores García Fernández y Argerich habían sido llamados por los que acababan de caer enfermos. Ellos los atendían, y su palabra hizo conocer oficialmente á la Comisión, que era efectivamente fiebre amarilla la enfermedad que había postrado á los que se hallaban ya en cama”.

“Pocas horas pasaron, cuando el individuo D. Luis Vernie, inquilino principal de la casa calle Artes número 370, dejaba de existir. Su esposa que también se hallaba enferma, lo acompañó en seguida. – En la misma casa, en que los consortes mencionados fallecieron, existían ya varios otros atacados. – Unido esto a la aparición de distintos atacados en la manzana citada, le hizo comprender á la Comisión, que la única y salvadora medida que podía tomarse era llevar a cabo el completo desalojo de ella – (Apéndice, Nota núm. 3.)”.

“El cuadro que presentaban las cuatro cuadras, era el siguiente:- Paraguay 215, un muerto; Artes 370, un matrimonio id.; Artes 372, un enfermo; Charcas y Artes, un id.; Cerrito, frente a la Plaza de la Libertad, 2 atacados; La manzana, pues, estaba completamente infectada. Dos miembros de la Comisión se apersonaron, el 24, ante los Señores que formaban la Municipalidad. Los llevaba la idea de consultar si se creía o nó conveniente proceder al desalojo de las cuadras antedichas. La Municipalidad los oyó, pero en presencia de los grandes inconvenientes que iba á nacer, al querer cumplir una resolución tan grave, resolvióse aislar en cuanto fuera posible, el sitio infectado. Así se hizo, y la Comisión ayudada por el Sr. Seguí, Comisario de la Sección, logró despejar un tanto las casas en que más enfermos había. Fueron llevados cuidadosamente al Lazareto, procediéndose sin pérdida de tiempo, á quemar todos los colchones, ropas, catres, etc., etc., que habían servido a los enfermos. La fumigación que se hizo fue cuidadosa y prolija, no quedando después una sola casa sin que la Comisión no mandase arrojar polvos desinfectantes y varios otros específicos que el Consejo de Higiene indicaba como más aceptables”.

[.....]

“En todo el mes de Marzo la epidemia se había desarrollado en la Parroquia, de un modo alarmante. No era ya solamente las cuadras de una manzana las que presentaban enfermos; también las calles más apartadas de la Sección eran flageladas por el azote impío, al extremo que los médicos que servían á la Comisión no daban abasto, tal era el número de infelices que caían postrados por la cruel enfermedad. ¡Días de aciaga memoria! Días de profunda tristeza, en que no llegaban á las puertas de la Comisión, mas que personas abatidas por el dolor, y que no abrían los labios sino para decir:-“Mi madre se murió, mi padre ha muerto, mi hijo agoniza, mi hermano es ya un cadáver! Días de tenebroso recuerdo, aquellos en que centenares de pobres, llegaban hasta nosotros á

pedirnos un pedazo de pan, una cama en que acostarse, una frazada con que cubrirse. Si hay recuerdos que a través de las evoluciones del tiempo persisten en la imaginación del hombre, los que de aquellos instantes recordamos, concluirán solamente con nuestro último suspiro”.

“La Comisión empezó desde luego a celebrar sus reuniones diarias. Tenía que atender al sinnúmero de proletarios de esta y otras parroquias que solicitaban limosnas, á quienes no solamente se les daba ropa, sino también dinero. En el Anexo B hallará esa Corporación una relación nominal de las familias pobres, que socorrió con pequeños intervalos en los primeros días de la epidemia, y mas tarde diariamente”.

“La Comisión multiplicó las visitas domiciliarias, y fijó toda su atención en los Conventillos, y casas de inquilinato. En los últimos días del mes de Marzo, hizo sacar de una de éstas, situada en la calle de Artes 433, montones inmensos de basura, perros muertos, estiércol en descomposición, y una crecidísima cantidad de huevos podridos. Es casi imposible decir exactamente lo que costó a la Comisión cambiar el aspecto detestable de esta casa. El desalojo de los Conventillos vino enseguida. En estos establecimientos era especialmente en donde la fiebre se desarrollaba con mas vigor. Como hubiera sido inhumano y cruel arrojar a sus habitantes a la calle, la Comisión les decía que por el tren del Ferro-Carril del Oeste se les facilitaría pasaje gratis para que salieran a la campaña en donde hallarían casa. Si esto no les cuadraba, habían ya viviendas improvisadas bajo los Sauces de la Ribera. Sin embargo, los asilados en los conventillos no entendían absolutamente nada, y seguían obstinados en aquellos mortíferos alojamientos”.

“La inquebrantable resistencia, la ignorancia, la decisión que mostraban para no abandonar aquellos lugares en que la muerte iba a encontrar un gran elemento a su insaciable voracidad, fueron otros tantos escollos contra los cuales fue a chocar la buena voluntad de que la Comisión hacía alarde. Por último, y después de mucha perseverancia, algunos fueron desalojados. Con otros fue necesario solicitar la acción de la autoridad para dejar cumplido el mandato”.

“Vamos a narrar con este motivo lo que pasó en el Conventillo de la calle de Charcas número 43. Después de algunas intimaciones de la Comisión en el sentido del desalojo, intimaciones que no dieron ningún resultado, se solicitó la acción de la policía. Era necesario valerse de algún medio para privar que las víctimas fueran innumerables. Así, pues, el joven Comisario Seguí – a quien la Comisión agradecerá eternamente sus buenos servicios – acompañados de 12 gendarmes, y el Inspector Salvadores, se presentó al Conventillo mencionado. Los italianos asilados en él, comprendían indudablemente lo que iba a suceder. Se hallaban ya colocados estratégicamente. Los hombres habían ocupado la parte alta del edificio, las mujeres, casi todas con niños en los brazos, estaban en el patio y en las puertas del conventillo. Los unos, armados de garrotes, botellas y piedras, esperaban amenazantes, profiriendo palabras indecorosas y a través de las cuales se revelaba la rabia que los dominaba. Las otras, llorando en su mayor parte, iban y venían sin cesar, dando vueltas por las casas, e incitando algunas a los que con ellas vivían, a que tomasen una actitud más decidida”.

“El Sr. Seguí comprendiendo entonces que un conflicto era casi inminente, trató de demostrar a aquella muchedumbre fanática e inculta a la que se oponía, pues siempre la fuerza de la autoridad quedaría triunfante. Este argumento hizo el efecto que se deseaba. Los italianos empezaron entonces a cambiar de actitud, se tornaron más condescendientes. Entonces los vigilantes penetraron al conventillo, desarmaron a los que estaban armados, y un momento después con paciencia, buenos modales y mejores razones, se efectuó el desalojo”.

“Fácilmente puede comprenderse que sin la previsión de la autoridad, nada satisfactorio se habría conseguido, pues un lance en que la fuerza pública hubiera sido empleada, por mejores resultados que diera, nunca serían tan aceptables como lo conquistado por medio de la palabra. El alojamiento para aquellos infelices, estaba indicado en la Ribera del Norte, como lo manifiesta anteriormente la Memoria. Los que no quisieron ir allí, se dirigieron por el Ferro-Carril del Oeste a los vagones que se encontraban en los alrededores de San Martín, Morón y Merlo – y que tantos servicios prestaron en aquella época calamitosa”.

“Los fondos de la Comisión estaban siempre dispuestos a salvar todas las dificultades que se presentaban en la traslación, - como así mismo para socorrer a esos seres desgraciados que no contaban con ningún jénero de recursos – y que no solamente carecían de trabajo, sino que también se veían obligados a abandonar su hogar”.

“Desalojado completamente el conventillo del que nos ocupamos – se practicaron en él algunas obras de sanidad – Fue escrupulosamente aseado, arrojándose grandes cantidades de polvos desinfectantes, a las piezas de donde se habían sacado multitud de enfermos – enfermos que se mandaron inmediatamente al Lazareto, para la debida asistencia médica. El Dr. D. Manuel Alonso, era el médico oficial de la Comisión. El Dr. D. Adolfo Argerich, estaba a disposición de ésta, y siguieron otros facultativos como el Dr. Larsen y Almeida, que se presentaron ofreciendo espontáneamente sus servicios – Los Doctores García Fernández y Eguía, atendían también a los enfermos de la Parroquia”.

“Los primeros días del mes de Abril, habían ya empesado, y la fiebre amarilla estendida por toda la Parroquia arrebatava vidas de una manera espantosa – La Comisión, los médicos, y los auxilios eran imponentes. El Sr. D. Santiago Albarracín, nombrado Comisionado de la manzana, y cuyos servicios, serán siempre un timbre de gloria, pasó con fecha 4 de este mes, un informe estenso, que se encuentra en el Anexo C, y con cuya simple lectura, podrá juzgar la Honorable Corporación, del estado en que se hallaba ya la Parroquia”.

“Uno de los Conventillos cuyo desalojo se efectuó con más lentitud, fue el de la calle Charcas Núm. 27. La razón se explicará si se tiene en cuenta, que en él, había estallado la fiebre de un modo aterrante – y sacar a los enfermos, cuyo estado era gravísimo para transportarlos al Lazareto, hubiera sido precipitarlos a un fin inevitablemente desastroso. [.....] El 13 de Abril los Señores Médicos declararon, que no entraban mas a tal casa; que estaba podrida, y que no comprendían, como después de tres ocasiones que habían permanecido en su interior, estaban vivos. En efecto las piezas del conventillo, parecían los cuartos de un Hospital. La Comisión, entonces comprendió cual

sería el fin de esos desgraciados, si no se les sacaba de allí, siquiera fuese a los que estaban menos graves. Obedeciendo a este humanitario pensamiento, que nunca la pluma podrá estampar en las hojas de papel – se empezó la triste tarea. Treinta y cuatro hombres fueron transportados al Lazareto, en compañía de varias mujeres, febráticas también, algunas de las cuales sucumbieron en el trayecto. Horroroso espectáculo el que presentaba tan fúnebre convoy – Pero, ¿qué hacer? Muchos de estos infelices se salvaron; dejándolos donde estaban, hubieran muerto irremediamente. Los hombres de la ciencia lo decían – La experiencia con su eterna enseñanza, lo demostraba”.

“El Doctor D. Adolfo Argerich, había caído enfermo dos veces ya, pero su poderosa organización, y su inmensa fuerza de voluntad, habían hecho, que aquel distinguido médico volviese de nuevo á levantarse, para emprender aún con mas vigor, la tarea que se había impuesto. El Dr. Argerich estaba fanatizado. – Si para algo deseaba mejorarse, era para volver como antes, á llevar el contingente de su ciencia á la cabeza de los que caian sin tregua. El Dr. Argerich, logró salvar dos ocasiones, pero a la tercera, los esfuerzos cayeron en el vacío. El 14 de Abril volvió a enfermarse; a los cinco días, su alma volaba a las rejiones del eterno. El Dr. Argerich, desde el 5 de Febrero, estuvo al lado de la Comisión; el día que se separó de ella, un horrible presentimiento asaltó la mente de sus compañeros y amigos. Estando perennemente entre los atacados, tenía forzosamente que contraer el mal, pero el mal terrible, mortífero, implacable. Así lo vimos sucumbir, no sin antes haberse puesto en juego todos los resortes, y todos los medios tendentes a su salvación. El cadáver del Dr. Argerich fue cristianamente sepultado. Varios miembros de la Comisión lo acompañaron hasta su última morada”.

“Mientras esto sucedía, el tesoro de la Comisión estaba casi exhausto. La Comisión había quedado reducida simplemente, a los Sres. Viejo Bueno, Gomez, Sagasta, Moreno y Torres. El Sr. Amézaga había también fallecido; los otros señores a consecuencia de la pérdida de deudos de su familia habían salido fuera de la ciudad. La mortandad había subido a una cifra aterrante; los pobres aumentado; en una palabra, las atenciones de la Comisión habían crecido de un modo asombroso.”

Sigue a continuación los esfuerzos que realizara el miembro de la Comisión D. Pantaleón Gómez, para conseguir 50.000 pesos de la Municipalidad, que inicialmente se rehusaba a proporcionarlos. Los fondos fueron enérgicamente reclamados, y fueron finalmente otorgados.

“[el Sr. Gómez] Tenía establecido desde el 1° de Abril en la calle Suipacha – un depósito en que se daba diariamente la manutención y 10 ps. m/c á todos los pobres de la Parroquia, y fácil es comprender que este gasto inmenso, no había de hacerse con palabras.” [.....] El reparto de raciones se hacía del siguiente modo: - El Depósito se habría á las ocho de la mañana; - los pobres acudían, y los miembros de la Comisión, distribuían los víveres, apuntando minuciosamente en un libro, los nombres y las calles de los que los recibían.”

Al comenzar Mayo, se realizó el último desalojo de un Conventillo, ubicado en la calle Artes 432. Lo llevó a cabo por orden de la Comisión el Inspector Villasboas, que en venganza fue asesinado en el mismo conventillo al día siguiente. Al terminar el mes de

Abril, la intensidad de la epidemia también disminuía. La enfermedad desapareció de la parroquia el día 6 de Mayo de 1871.

“Los últimos casos se produjeron en la calle Santa Fe No. 66, y Maipú No. 305. Juan Gómez y Juan Repetto, cerraron las tenebrosas páginas de la mortandad”.

Continúa luego en la Memoria la relación de los Comisionados de Manzana, y el informe arriba mencionado de Santiago Albarracín, de fecha 4 de Abril de 1871, sobre el estado de la circunscripción de las manzanas entre calles Paraguay, Florida, Charcas, Reconquista y Paseo Julio. Se verá que no se ahorra ninguna crítica, ni se amenguaba la gravedad de la situación.

“Señor: Cuando acepté la inspección de la manzana en que habito, fue íntimamente convencido de la necesidad urgente que había de proceder á su limpieza, por los síntomas alarmantes que se manifestaron cuando la pasada epidemia del cólera: encuéntrase esta circunvalada por veintiséis conventillos o casa de inquilinato, entre ellas una asquerosa fábrica, todo esto en el peor estado de salubridad imaginable; he dado cuenta de mi cometido en las notas de los meses anteriores, subscritas por el vecino Sr. D. Juan Farías y yo: más tarde por la ausencia de algunos Inspectores de manzanas se me encargó de la circunscripción de las siete manzanas comprendidas entre las calles Paraguay, Florida, Charcas, Reconquista y Paseo Julio; entonces supliqué á mis honorables colegas, nombráran un Inspector rentado, que bajo mi vigilancia, pudiera desempeñar el inmenso recargo producido por el estado insalubre, en que se encuentra esta parte de la Parroquia [.....] al que me resta sólo agregar, que estas siete manzanas, son hoy un vasto Lazareto, no hay una sola casa habitada, en que no haya enfermos o convalecientes, a pesar de encontrarse bastante desalojadas, por haber huído al campo una gran parte de sus moradores, habiendo fallecido otros. La sola manzana comprendida entre las calles San Martín, Charcas, Reconquista y Paseo Julio, contiene en este día 192 enfermos, el conventillo calle Charcas No. 27, tiene hoy 34 enfermos, habiendo enviado muchos cadáveres al Cementerio, los Doctores Aguirre, Larsen y otros que asisten; no quieren volver más a él, por cuanto la curación de esta gente, es en su mayor parte imposible, por no observarse las prescripciones de los facultativos, a pesar de los tres enfermeros que tiene la Comisión de esta Parroquia”.

“Los conflictos, señores, son terribles: ustedes lo saben, si se observa que la nota de enfermos que vi días pasados al Doctor García Fernández era de 161 enfermos, Doctor Aguirre 74, Doctor Larsen 56, creo que el cómputo total comprendiendo las que son asistidos por los Dres. Argerich, Romange, Almeida, Alonso, pasan de 890; los enfermos en tratamiento en esta semana, atendidos por la Comisión Parroquial; si a este total agregásemos las personas que por su posición social, no necesitan hacer uso de la caridad; como los innumerables que atiende el farmacéutico Sr. Gatti, que presta desinteresados servicios, podemos deducir que nuestra Parroquia está en pésimas condiciones”.

“[.....] debemos tratar de evitar que en lo sucesivo, se repita el caso que un cadáver quede cuatro días insepulto, ó que presenciemos las horribles escenas que han visto los que realmente hemos penetrado en medio de esos repugnantes cuadros de miseria,

dolor y degradación moral; la mayor parte de esta gente muere por falta de recursos, otros no quieren curarse, por ser vulgar entre ellos la idea, que el Gobierno paga médicos para matarlos. En estos parages es donde se manifiesta lo terrible que serán en el porvenir, las mazas ignorantes que viven en nuestro país; en los conventillos se encuentran cadáveres comidos por los ratones, otros alumbrados en el suelo, muchachos saltando por encima de enfermos espirando; la mayor parte hacinados en un mismo cuarto, también nos ocultan los cadáveres para tener tiempo de sustraer sus camas, hay quienes abandonan sus deudos en el último trance de su vida, sin querer prestarse a encajonarlos, y mas de una vez, al penetrar en los corralones, he visto a los Inspectores Seguí, Viovide, Salvadores y Lopez, haciendo de peones cargando con los cadáveres, de actos tan meritorios, como testigo ocular y miembro de esta Comisión, me permito enumerarlos, haciendo una mención especial del Sr. Seguí que es el Inspector que de mí depende, por la cooperación que me ha prestado noche y día, para atender un servicio tan urgente, como penoso”.

“Desde el principio de este terrible azote, esta Comisión se colocó a la altura que las circunstancias requerían.....pero desgraciadamente en nuestro país se echa mano a recursos á última hora, pésimamente organizados: en la actual epidemia, nada hay preparado, los sucesivos avisos de cólera, tifus, fiebre amarilla, etc., de poco o nada nos ha servido, el estado insalubre de la ciudad es el mismo o peor que antes, por la aglomeración de habitantes en un municipio completamente descuidado; pero si las inmundicias, las aguas corrompidas, las basuras, las letrinas, los sumideros, las fábricas inmundas en el corazón de la ciudad, el acinamiento en las habitaciones, el asqueroso Riachuelo, los inmundos conventillos, son excelentes causas para que todos los habitantes no gocemos de perfecta salud, inútil es tanta dedicación, para nada sirven las comisiones; pero si por el contrario los hombres científicos creen encontrar las causas del espantoso desarrollo del mal que nos aqueja, ¿Por qué no son removidos con tiempo? Se contestará que no hay recursos, razón que no es admisible en pueblos que empiezan a encorbarse bajo el peso de enormes contribuciones pretendiéndose hacer pesar aun empréstitos extranjeros, á mas de otras numerosas cargas, para no tener en recompensa en los momentos supremos porque pasamos, ni dinero para saciar el hambre, ni camas, ni ropas para los apestados indigentes, pero que pagan sus respectivas contribuciones”.

Continúa el indignado vecino D. Santiago Albarracín:

“ Mi domicilio como el de todos los miembros de esta Comisión, está diariamente invadido por gente que suplica, que clama por auxilio, que al fin se cansan y maldicen; porque desde el principio se les hizo entender á todos los necesitados nacionales ó extranjeros, que se les daría cuanto necesitarán para su existencia, con médico y botica gratis, que ya es algo, pero no harán gran cosa; la convalecencia es delicada y dispendiosa, algunas de las personas de la Comisión podemos hablar por experiencia aun estoy convaleciente del último ataque que he sufrido”.

A medida que escribe, D. Santiago Albarracín crece en su enojo.

“Hasta hoy hemos hecho una cosa especial, las camas y ropas de los muertos de la epidemia, por mi parte no la continuaré en adelante, porque la mayor parte de los carros van escoltados hasta el vaciadero, mas he oído con generalidad, que se sustraen algunos,

por otra parte al pobre infeliz a quien se le saca una cama debe dársele otra, al menos a los desgraciados que tienen familia, y Dios no permita que los que miran con indiferencia, medidas que se reputan necesarias, no les toque en suerte, dormir sobre los colchones procedentes de los difuntos de fiebre amarilla, no atribuyo sino a este vil comercio de la venta de esas lanas, la sustracción de las camas”.

“Las familias desvalidas piden pan, los huérfanos pululan, sólo se ve por todas partes miseria y desolación, en vista de cuadro tan desgarrador, he hecho suspender las multas por falta de blanqueo, desde que no hay el tiempo material para desinfectar, no quieren hacer fumigar, haciéndose urgente se dicte alguna medida respecto á los cuartos á donde muere gente, porque son realquilados inmediatamente sin precauciones previas [....Si sabemos que el origen de estas enfermedades está en esos caseríos malsanos.....] ¿porqué no se mandan destruir todos estos conventillos previo abono a sus dueños, si debemos respetar el derecho de propiedad?”

“La escasez de recursos con que contamos en la Comisión, me hace a veces vacilar en la ardua tarea.....sin embargo no debemos desesperar por el éxito final, hagamos todo lo que esté a nuestro alcance.... No terminaré esta nota sin hacer presente a Vds. la decidida cooperación que nos presta el señor Cura D. Pedro de San Pedro y Lastra, su teniente cura, como todo el personal de la Iglesia Parroquial del Socorro; por otro tanto debo decir del Comisario de la 13ª Sección, de todos sus empleados, como también de la Comisión de la Catedral al Norte [se refiere a la actual Iglesia del Pilar], pues no solo me han hecho ofrecimientos, sino levantado cadáveres, ropas, en nuestra Sección, habiéndome facilitado seis carros Bleack, con los que ha hecho regar abundantemente todas las calles de las 7 manzanas..”

Y confirmando que la improvisación y la imprevisión es una característica lamentable de nuestra nacionalidad, D. Santiago Albarracín finaliza diciendo:

“El Señor Presidente me permitirá que cuando desaparezca la epidemia y lo juzgue oportuno, haga publicar la presente nota; porque tengo formada la convicción que pasado el peligro, la obra que entre muchos hemos consumado, con grandes trabajos y peligros ira toda por tierra, el Riachuelo esparcirá de nuevo sus mismas pestilencias, se realquilarán los conventillos, quedando todo rehabilitado para una nueva peste, nada de esto ni me sorprende ni me alarma, hace tiempo que en nuestro país suelen verse, los síntomas de una descomposición social; grandes catástrofes tienen forzosamente que sobrevenir, el pueblo se cansará al fin de sufrir, no se puede jugar impunemente con el porvenir de una sociedad, se hará justicia por propias manos, y serán muy sensibles las víctimas inocentes inmoladas á la ambición de unos cuantos pillos. Es grato para mí, saludar al Señor Presidente. M. Santiago Albarracín”.

Hondas verdades de este noble vecino, que no anticipaba que diez años después, una generación de notables estadistas argentinos elevarían al país a los primeros lugares del mundo. Tampoco imaginaría que las 7 manzanas bajo su responsabilidad, llenas de pestilencia, se transformarían un siglo después en las mas caras y ambicionadas de Buenos Aires. Los inmigrantes que rehusaban ser desplazados a las Riberas del Norte (hoy

Martínez y San Isidro) no sabían que de haberlo hecho, sus descendientes les estarían tremendamente agradecidos.

Continúa la Memoria con un prolijo detalle de las inversiones y gastos realizados, detallados peso por peso, e ítem por ítem, desde la contratación de enfermeras hasta la compra de féretros, pasando por el alquiler de caballos, la compra de ácido fénico y el transporte de cadáveres; una lista de personas necesitadas a las cuales se ha proporcionado ayuda, detallando importe familia por familia; el importe levantado mediante una suscripción popular en la Parroquia, para ayudar a los gastos de la Comisión.

Se continúa con las Tablas de Mortalidad, que dice:

“Relación de las personas fallecidas de la epidemia en la parroquia del Socorro, desde el 21 de Febrero de 1871, día en que se produjo la primera defunción, hasta el seis de Mayo, en que cesó el flajelo”.

Se detallan nombres, nacionalidad y domicilio de las víctimas. Termina diciendo:

“Calculamos en 100, el número de personas fallecidas de la fiebre amarilla, enterradas por sus deudos, y cuyos nombres no se consignan en estas páginas. Así pues, las defunciones habidas en la Parroquia, originadas en aquella enfermedad, ascienden poco mas o menos a 900. El número de las que constan, en los libros de la Comisión sube a 778.”

Siguen luego observaciones analíticas, de lo que resulta que en la parroquia del Socorro murieron 530 hombres y 248 mujeres, de los cuales eran: argentinos, 254; italianos, 379; franceses, 45; españoles, 43; ingleses, 12; alemanes, 8; paraguayos, 5; orientales, 5; portugueses, 2; suizos, 1; nacionalidades ignoradas, 24. La calle en la que hubo mayor cantidad de muertos fue en la calle Charcas: 129 personas.

En la segunda parte de la Memoria aparece el informe de las obras realizadas en la parroquia del Socorro por parte de la Comisión de Salubridad, que había reemplazado a la Comisión de Higiene a partir del 13 de Septiembre de 1871, texto que transcribimos en sus partes más importantes. Luego de detallar los miembros de la nueva comisión, agrega:

“Recordamos que en esa reunión se adoptaron las siguientes resoluciones; - Mandar hacer una edición de quinientos ejemplares de las ordenanzas municipales en vigencia, para ser fijadas en las esquinas de la Parroquia, - Modificar la manera de coleccionar las multas, - Intimar al propietario Sr. Bellini, la desinfección de las letrinas en la casa de su propiedad, calle de Esmeralda esquina á Paraguay, -Intimar al propietario de la cervecería del Sr. Lagomarcino, calle de San Martín, mantuviese a su establecimiento en un estado perfecto de limpieza, - Dirijir una nota á la Municipalidad, pidiendo dispudiese lo necesario á fin de que el terreno ubicado en la calle de Artes, Cerrito, Arenales y Juncal, fuese inmediatamente cercado, y – Dirijir otra nota a esa Honorable Corporación, demostrándole la urgente necesidad que había en llevar á cabo el empedrado de la calle de las Artes, entre Arenales y Santa Fe”.

Nótese por deducción, que las lujosas calles pavimentadas de hoy eran de tierra. Pero no deja de ser en cierto modo gracioso el relato de la inspección que realizaran el

Vice-Presidente de la Comisión de Higiene, el vecino Juan Sagasta, acompañado por el Inspector Seguí:

“De vez en cuando practicaban ambos visitas domiciliarias, teniendo mas de una ocasión, que hacer uso de toda la energía posible, para obligar á propietarios é inquilinos á limpiar el interior de sus establecimientos. En una de estas visitas el Sr Vice-Presidente y el Inspector acertaron a pasar por la casa del señor Ministro Brasileiro, situado en la calle de núm” (N del R: el documento omite la dirección). “Salía a la sazón, por el albañal colocado al nivel de la vereda una cantidad regular de agua súcia, que exhalaba un olor nauseabundo. El agua descendía desde la piedra de la vereda, á la calle, formando en consecuencia una corriente rápida, cuyo curso marcaba ya una extensión longitudinal de veinte á treinta varas”.

“Como era natural, el señor Vice- Presidente, acompañado como anteriormente se dice, del Inspector D. Alberto Seguí, se acercó a la puerta; llamó respetuosamente, y después de un momento se presentó el dueño de casa. Dijosele. Que era necesario impedir el derrame de aquellas aguas en la vía pública; que se infrijía una Ordenanza vigente, y que bien podía hacerse aquello en pró de la higiene pública. Estas palabras, pronunciadas con la mas grande urbanidad, irritaron al Sr. Ministro. Contestó con términos groseros, indignos de un hombre educado. Dijo que nadie podía obligarlo á hacer semejante cosa. Que el que á tal se atrevía era un insolente, que el era un ministro y que daría cuenta al Presidente de la República de lo que acababa de suceder, para que castigase al que llegaba hasta sus puertas á faltarle; agregando, por último, que hasta en esto descubría la tendencia antagónica que desde mucho tiempo atrás animaba a los argentinos respecto de él y de sus compatriotas”.

“Se comprende perfectamente, que el Sr. Ministro, podía haberse espresado – aún haciendo uso de exagerada susceptibilidad – en éste tono, si se tratase de una imposición tendente á variar las condiciones higiénicas del interior de su casa, considerado por un principio de derecho internacional, como territorio extranjero. Pero tratándose de la calle, de la vía pública, destinada por el Sr. Ministro para depósito de agua súcia, sus palabras acentuadamente descomedidas no venían á revelar otra cosa, que una refinada petulancia, y una marcada subversión del buen sentido”.

“El Sr. Vice-Presidente de la Comisión, que ni siquiera por cortesía había sido invitado á pasar adelante, contestó con altura haciendo comprender al señor Ministro el cargo que representaba. El representante del gobierno brasileiro, se quejó efectivamente á los pocos días al gobierno Nacional. ¿Pero cómo lo hizo? Desfigurando completamente los hechos, falseando la verdad del episodio, y yendo temerariamente hasta decir, que el señor Vice-Presidente había ido armado de un revólver! Falsedad monstruosa, que no tardó mucho en ser destruida con el informe que pidió la Municipalidad en esa época, informe que debe hallarse en el archivo de la Corporación”.

“Probablemente, el alto funcionario diplomático llamó insolente al Vice-Presidente de la Comisión, por el hecho de ir fumando un habano, y tomó á éste por el arma que tanto le preocupó. Como este incidente está encadenado, por decirlo así, a la serie de trabajos que se practicaron en esos días, a pesar de no reunirse en mayoría la Comisión, lo hacemos figurar en estas pájinas”.

“Se pidió una cuadrilla de empedradores a la Municipalidad y se indicó la gran conveniencia de empedrar las calles de las Artes entre Santa Fe y Arenales, Arenales entre Artes y Cerrito, y Arenales entre Cerrito y Libertad. Se pidió el cercado de la manzana

comprendida en las calles de Artes, Cerrito, Arenales y Juncal, en la cual se hacinaban, por la noche, multitud de vagos y pilluelos arrojándose también a ella toda clase de inmundicias, nocivas para la salud pública”.

Esta manzana se conocía con el nombre de *Cementerio viejo*. También se pidió a la Municipalidad el blanqueo de las paredes de los Cuarteles del Retiro.

Entre los trabajos realizados, se hicieron 100 nuevas veredas donde antes no existían; se blanquearon con cal las casas de los propietarios que no tenían medios para hacerlo; se desinfectaron gratuitamente las letrinas; se empedraron veinte nuevas cuadras “*que no hace mucho eran profundos pantanos, depósitos de aguas fluviales, y poderosos agentes en contra de la higiene pública*”, y que hoy diríamos además que eran el caldo propicio para la reproducción de los mosquitos trasmisores de la fiebre amarilla. Las entradas de los vehículos a las casas se hicieron de piedra, y se evitó que las aguas no formasen pantanos, lo que era común hasta la llegada de esta Comisión de Higiene.

El informe se congratula de la forma en que cambió radicalmente las condiciones de limpieza de los conventillos y casas de inquilinato; agrega que en la parroquia hay 86 casas de este tipo, dando su ubicación; los vecinos que colocan avisos sobre las paredes son multados con 50 pesos por cada cartel, para que las paredes “*no presenten engrudo y papel multicolor*”. A tal efecto, se colocaron “*tablillas avisadoras*” en los “*parajes más públicos de la parroquia*”. El maestro Prudencio García cobró 1200 pesos por la colocación de escalones de piedra en las veredas de Florida y Maipú. Se reconstruyeron paredes, y se colocó un puente giratorio en la esquina de Paraguay y Florida, que costó 20.000 pesos. Se mejoraron las plazas públicas del Retiro y Libertad. Se colocaron faroles de gas en las calles de Artes entre Charcas y Santa Fe. Dice el informe que:

“La luz en este paraje es de una necesidad indispensable, pues los hechos criminales, que amparados por la sombra, se han perpetrado y pueden perpetrarse, desaparecerían desde el momento que la indicación de la Comisión fuese atendida.”

Epílogo

Así terminó esta tragedia. En 1881, el médico cubano de origen irlandés Carlos Finlay avanzó en la hipótesis que la fiebre amarilla era transmitida por la picadura del mosquito. Su teoría fue verificada en 1901, debido al trabajo de varios investigadores, en especial el bacteriólogo estadounidense Dr. Walter Reed, que probó que la enfermedad era causada por un virus transmitido por el mosquito *Aedes aegypti*. Pero el héroe fue el soldado estadounidense John R. Kissinger, que se ofreció voluntariamente, con grave riesgo de su vida, le fuera inoculada la enfermedad, realizándose en su cuerpo las observaciones y estudios que permitieron luego obtener una vacuna contra el flagelo.

En 1939, el médico sudafricano Max Theiler desarrolló una vacuna que confiere inmunidad a la enfermedad. Así se encontró explicación a las observaciones empíricas hechas por los médicos en años anteriores. No eran las *miasmas* la causa de la fiebre amarilla. Eran los mosquitos de las zonas bajas, próximas a los ríos y mares.

Las obras de *salubricación* (se entendía por este término obras de desagüe, cloacas, aguas corrientes y adoquinado) de la ciudad de Buenos Aires se inauguraron el 15 de Mayo de 1874, a las 12:00 horas, en una reunión que se hizo en el Establecimiento de Bombas, en el bajo de la Recoleta. El servicio de agua potable en la ciudad de Montevideo había sido inaugurado el 18 de Julio de 1871.¹⁰

Así terminó esta tragedia que costó a Buenos Aires 16.000 víctimas, más del 8% de la población.¹¹ La mayor parte de ellas tuvo lugar en los barrios de San Telmo y Monserrat, que era el centro de Buenos Aires y en los barrios cercanos al Riachuelo, que eran los más bajos y húmedos y, por lo tanto, propicios para la proliferación de mosquitos.

Vemos, durante el transcurso de esta epidemia, el sacrificio desinteresado de los vecinos que trataron, con los conocimientos precarios de la época, aliviar el sufrimiento de los enfermos. Ello creó un espíritu de ciudad y reforzó el sentimiento de nacionalidad ya probado en los campos de batalla. Murieron varios médicos de renombre, como el Dr. Cirujano Principal Coronel del Ejército D. *Francisco Javier Muñiz*, el Dr. Cirujano Mayor del Ejército D. *Caupolicán Molina*, ambos de destacada actuación en la Guerra del Paraguay, los doctores Adolfo Argerich, Ventura Bosch, Sinforoso Amoedo, Guillermo Zapiola y Vicente Ruiz Moreno.

Vuelvo a la colérica nota del vecino D. Santiago Albarracín. Es cierta y actual, pero mantiene la esperanza de persistir en la lucha. Y así fue como, menos de 10 años después, la Argentina estuvo en manos de estadistas que la elevaron a los primeros lugares del mundo. Los problemas eran más o menos similares a los de hoy: una situación económicamente agobiante por las deudas contraídas, insertada en una crisis internacional, a lo que se sumaba la revuelta interna en algunas provincias. Pero llegó una clase política de estadistas, es decir, aquellos prohombres cuya ambición no era mantenerse en el poder, sino que su desvelo era el bienestar de la Nación. El primero de ellos, un hombre de pequeña talla y aspecto débil, Nicolás Avellaneda, que no prometió a sus compatriotas vivir sin trabajar. Muy por el contrario, su acción de gobierno puede ser resumida en la conocida expresión:

“La República puede estar dividida hondamente en partidos internos; pero no tiene sino un honor y un crédito, como solo tiene un nombre y una bandera ante los pueblos extraños. Hay dos millones de argentinos que economizarán hasta sobre su hambre y sobre su sed, para responder en una situación suprema a los compromisos de nuestra fe publica en los mercados extranjeros”.¹²

Le siguieron otros estadistas, como el *piloto de tormentas* Carlos Pellegrini y el General Julio A. Roca, que conquistó al desierto en 1870 y luego, como Presidente en las dos oportunidades que ejerció el cargo, fortaleció al país hasta hacerlo uno de los más poderosos del planeta.

Lejos estuvieron estos prohombres de culpar a otros Presidentes que los habían antecedido o echado la culpa a anteriores ministros de Economía, o achacado sus males a herencias de setenta años antes en 1810, o treinta años antes en 1850.

Al decir de alguien, “*se habían hecho cargo del fusilamiento de Liniers hacia acá*”. No los guiaba otra preocupación que la Patria y la felicidad de sus habitantes.

Y lo lograron de tal suerte que, en 1919 la edición de la Enciclopedia Espasa decía de la Argentina:

“Argentina (República): Estado de la América del Sur, lindante con Bolivia, Paraguay [.....] Todo hace creer que la República Argentina está llamada a rivalizar con los Estados Unidos de la América del Norte, tanto por la riqueza y extensión de su suelo como por la actividad de sus habitantes y en el desarrollo e importancia de su industria y comercio, cuyo progreso no puede ser más visible”.

Nada fue fácil. Hay que tomar ejemplo. Queda mucho por hacer. Pero en tanto esperamos a la generación de estadistas, sería bueno que las actuales autoridades de la Ciudad de Buenos Aires restaurasen el monumento erigido en memoria de los médicos que murieron cumpliendo su deber en esta epidemia, para que sirva de ejemplo a las presentes y futuras generaciones de argentinos. Se encuentra emplazado en la Plaza Ameghino, frente al Hospital Muñiz.

Honor a esos médicos.

NOTAS:

¹ Frase inicial del Juramento Hipocrático que realizan los estudiantes al recibirse de médicos.

² Bouthoul, Gastón, “Tratado de Polemología”, Sociología de las Guerras, Ediciones Ejército, Madrid, España, 1984, páginas 634 y 635. Según Bouthoul, el pacifismo irreverente es una forma de pacifismo – menciona cinco – que persigue quitarle prestigio a toda guerra, a sus héroes y eliminar el culto a la gloria, fomentando en la sociedad la aversión a lo heroico y el repudio al espíritu de sacrificio.

³ Una variante de esta corriente de reformismo histórico consiste en cambiar los nombres de calles que recuerdan a próceres o combates por la emancipación, por el de políticos del S XX. Un ejemplo de ellos son los siguientes: el cambio de la calle Victoria por Hipólito Irigoyen (Victoria recordaba el trayecto que hizo Liniers para recibir la capitulación de Beresford en el Fuerte de Buenos Aires en 1807), combates de la emancipación como Cangallo por Perón, Parral por Honorio Pueyrredón, Republicuetas – la guerrilla de Juana Azurduy – por Crisólogo Larralde, El Tejar por Ricardo Balbín y otros. También hay casos de “portación de apellido”, por ejemplo en la ciudad de San Miguel la calle Martínez de Hoz, que recordaba al Coronel del mismo apellido que combatiera en la Guerra de la Triple Alianza, fue reemplazada por Concejal Tribulatto. No me consta, pero parecería ser una represalia contra su descendiente del S XX, el Ministro de Economía del mismo apellido. Todos estos políticos del S XX quizás merezcan una calle con su nombre, pero se podrían haber elegido otras calles, como por ejemplo El Alfabeto, u otras con menor trascendencia.

⁴ Un ejemplo de esta corriente histórica reformista clasista, es la película “La Patagonia Rebelde”, que fue hecha en el año 1974 y donde, de acuerdo a <http://www.cinenacional.com>, un homónimo del actual Presidente de la Nación Nestor Kirchner, o quizás él mismo, participó como extra. Es una película llena de falsedades históricas, con propósito ideológico. Al comienzo, se ve la chaquetilla del Tcnl Varela con el 24 como número de su unidad. Esto es mentira, como muchas otras cosas que se muestran. El Regimiento 24 de Infantería fue creado durante la época de Perón. El Tcnl Varela, en momento de los sucesos, era jefe del Regimiento 10 de Caballería. Asimismo, al final de la película se ve al Tcnl Varela compartiendo una cena con estancieros e ingleses, cantando “God save the Queen”. Tengo en mis manos la copia de la invitación de la “Cena ofrecida por el Pueblo de Santa Cruz al Tcnl Hector B. Varela y oficiales del Regimiento Husares de Pueyrredón, como demostración de agradecimiento por la pacificación del Territorio a realizarse en los salones del Club Social, el día 28 de Diciembre de 1921”. De los 19 pobladores integrantes de la Comisión

Organizadora, uno sólo lleva nombre y apellido inglés: *James Sinclair*, cuyos descendientes aún permanecen en Puerto Santa Cruz. Otro miembro de la Comisión Organizadora era supuestamente un alemán - *Otto Hinch*. El resto de los 19 miembros de la Comisión Organizadora de la Cena de Homenaje tenían primer nombre en español, por lo que se supone eran argentinos nativos, pero su apellido puede hacer suponer su origen: irlandés - *Juan Doherty*, yugoeslavo - *Alejandro Bandic*, francés - *Edgardo Dabrée* y *Edmundo Marquant*, y los restantes todos nativos, como el caso del último de la lista, el criollo *Jesús Taboada*. Finalmente, en Río Gallegos he visto el prontuario y la foto de uno de los forajidos, Luciano Herrera, capturado por posesión de armas, un individuo con el que nadie querría encontrarse en un callejón, a juzgar por su catadura. He hablado también con pobladores ancianos de Puerto Santa Cruz y Comandante Luis Piedrabuena: la realidad era que los supuestos rebeldes liberadores y bondadosos eran bandoleros, forajidos, anarquistas e indios y soldados chilenos disconformes con que el General Roca hubiese extendido la soberanía argentina en la Patagonia.

⁵ **Miasmáticas:** que produce o encierra miasmas; *miasma*: emanación perniciosa que se desprende de las sustancias animales o vegetales en descomposición.

⁶ **Alvinas:** relativas al bajo vientre.

⁷ **Borraja:** *Borrigo officinalis*, Linneo. Borragíneas. Planta de Europa, común en las huertas y jardines de España. La infusión teiforme de las hojas o mejor de las flores de borraja es un sudorífico. Se preparaba con 4 gramos (1 dracma) de borraja y agua hirviendo. *Pedro Luis Napoleón Chernoviz, Diccionario de Medicina Popular, Tomo I, Segunda edición española, París, 1898, página 363*

⁸ **Sinapismo:** medicamento externo hecho con polvo de mostaza.

⁹ **Agua de Labarraque:** se preparaba disolviendo en una solución de carbonato de soda el gas cloro, hasta la completa saturación. Era un cloruro de sodio. Se empleaba en la curación de llagas y como desinfectante. La bibliografía de la época aclaraba que se debía exigir, para tener el genuino licor de Labarraque, que en las etiquetas se hallara impreso el nombre y las señas de L. Frere, rue Jacob, 19, Paris. *Pedro Luis Napoleón Chernoviz, Diccionario de Medicina Popular, Tomo I, Segunda edición española, París, 1898, página 72 y 73.*

¹⁰ Diplomas y constancias obrantes en Adrem Corporación Industrial S.A, José Pedro Varela 3576, Buenos Aires, empresa argentina dedicada a la potabilización y tratamiento de aguas, al tratamiento de efluentes domiciliarios, y de efluentes industriales líquidos y gaseosos.

¹¹ José María Rosa, “Historia Argentina”, Ediciones Oriente S.A., Buenos Aires, 1969, Tomo 7, página 246.

¹² Hugo Jose Santas, “Una Política Exterior Argentina – 1862-1914”, Ed Hispamérica, Buenos Aires, 1987, páginas 113/114.

Bibliografía:

“Muerte en Buenos Aires”, de Scenna. Trata sobre la fiebre amarilla, y fue publicado hace 15/20 años. Circumil, “Francisco Javier Muñiz”